

Mutis y los orígenes de la nación colombiana

El origen de la nación es el Estado y de la capacidad que éste tenga para centralizar un poder fuerte y eficaz que permita el buen funcionamiento de las instituciones, depende la materialización del proyecto. La nación puede pasar por un concepto abstracto mientras no disponga del Estado como elemento aglutinador, no sólo de aspiraciones de los ciudadanos sino de catalizador de intenciones políticas, militares y económicas. Y para que el Estado nazca, se necesita algo así como una excusa, que en muchas ocasiones puede ser la nación misma, pero también la intencionalidad de un pueblo o grupo de pueblos que materialicen la aspiración.

En el caso de las repúblicas hispanoamericanas, el Estado ya existía en un sentir generalizado, pues estaba encarnado en la persona del monarca español, más que en España como nación o Estado. Así, cuando la invasión napoleónica de la península ibérica, las colonias se sintieron desprendidas del vínculo que las unía a la metrópoli al ser reemplazada en ella la dinastía histórica. José Bonaparte jamás inspiraba el sentimentalismo de los Borbones o los antiguos Austrias. El reclamo de la independencia se debió no sólo a ello sino a las legítimas aspiraciones de las nacientes burguesías, cuya pujanza se encontraba anestesiada por el anacronismo de Madrid. Con todo ello, no había nada concreto que le diera una razón válida de ser al nuevo Estado, si tomamos en cuenta conceptos tan ambiguos como territorio y sensiblerías regionales. La nueva empresa política, es decir, el nacimiento del país como ante independiente necesitaba de algo sólido y sobre todo en el terreno intelectual.

La vigorosa juventud y en general toda la clase burguesa santafereña (bogotana) fue el germen en donde anidó el ideal revolucionario a la luz del presupuesto ideológico nacido en las tertulias y discusiones de la Sociedad Patriótica de la Nueva Granada (la actual Colombia). Sin este aglutinamiento de la inteligencia y de las aspiraciones por un futuro mejor, el interés por el cambio seguramente se habría dispersado y ante la inhibición de los asuntos públicos desde la metrópoli, lo que habría sobrevenido sería un abandono del poder, laguna que abriría las puertas a la reconquista que años más tarde se intentaría, y en parte triunfó, pero que acabaría por claudicar. Todo porque ya una conciencia independentista y de progreso se había consolidado.

Sería arriesgado y hasta deshonesto decir que José Celestino Mutis fue un instigador de independencia alguna y menos el abanderado de semejante proyecto. Pero sí que, sin darse apenas cuenta, cultivó las mentes que hicieron posible la gesta, haciendo caso omiso a las acusaciones de que sus enseñanzas progresistas fomentaban la apatía por lo religioso y lo fiel a la monarquía lejana y abstracta. Su interés era el descubrir, investigar y enseñar lo descubierto a quien estuviera en disposición anímica e intelectual.

tual de aprenderlo. Es así como el progresismo y el avance cultural son sinónimos en un hombre a quien sin riesgos, ahora sí, se le puede titular de padre de la nacionalidad colombiana, en el aspecto cultural, aunque no en el político.

La intensa actividad del siglo XVIII

Las sociedades económicas que proliferaban en Europa en las últimas décadas del siglo XVIII, tuvieron su metástasis en la América española. De una forma lenta, tal y como lo permitían las comunicaciones y la expansión de la cultura, las ideas ilustradas iban llegando a las colonias donde hasta hacía muy poco se tenía un sentido geocéntrico de la marcha del universo. La Contrarreforma, triunfante un siglo atrás, había sumido en una penumbra medieval al amplísimo Imperio de los Austrias y seguía haciéndolo de la misma forma con el de los Borbones.

La llegada al poder de Carlos III, cuarto monarca borbónico en la Corona española, supuso un soplo de aire fresco en todas las áreas de la cultura. Algunos han apostrofado la época con el injusto título de despotismo ilustrado, acaso por el equipo ministerial del Rey, en el que se encontraban nombres como Floridablanca, Campomanes y el famoso marqués de Esquilache. Pero es que un jefe de Estado de la talla de Carlos III no podía en modo alguno estar mejor asesorado, así las cosas se hicieran con cierto autoritarismo y arrogancia. Máxime si se tiene en cuenta el atraso secular de la nación —la metrópoli y el mundo a ella sometido— reacia por completo a todo cambio y remoce de ideas.

Carlos III no sólo se dedica a reinar pomposamente en medio de la ornamentación que aplacaba la nostalgia versallesca de su padre, el rey Felipe V. Tampoco a apretar las ya retorcidas clavijas que suspendieron las libertades y el derecho civil de catalanes y valencianos. Para eso el Decreto de Nueva Planta había dejado las cosas bien atadas y con sólo nombrar poderosos virreyes en esos antiguos reinos, la paz política si al menos no estaba asegurada, por lo menos sí permitía la expansión del centralismo y de las instituciones castellanas. Carlos III, llamado con justicia el rey-alcalde, se da cuenta de que la villa de Madrid no puede seguir siendo el pueblecito manchego en donde habita la corte, repartida en sólo dos palacios. Se dedica al engrandecimiento de la ciudad y a ponerla a la altura que su condición de capital de Imperio le exige. Pero sus afanes no se centran únicamente en esta tarea de presidencia municipal sino, consciente de que es un jefe de Estado, se propone modernizarlo de acuerdo con los nuevos vientos que soplan por Europa. Antes de ser rey de España, Carlos III lo había sido de Nápoles y no sólo había gobernado allí, sino que se formó como hombre político en un reino cuya situación exigía acertada administración dada su situación de enclave estratégico y las apetencias que por él sentían el Papado y los siempre hostigantes franceses.

A la luz de la Enciclopedia nacían sociedades solemnemente constituidas o las más de las veces, grupos de amigos con pretensiones intelectuales como simple adorno social. No obstante, en todos ellos era común denominador el deseo de hacer saltar el corsé que toda la furia del Renacimiento no había conseguido eliminar para siempre. Los templos empezaron a perder clientela y las tribulaciones y recogimientos frente a una posible condenación ultraterrena dejaban paso a la preocupación por la química

y la física aplicadas, la zoología, botánica y astronomía. La filosofía, que durante tanto tiempo sólo sirvió para dar sustento más o menos lógico a la teología, vino a servir de ágil vehículo a la política, necesitada de algo que le diera alas y fundamento.

Uno de los ministros de Carlos III, el conde Campomanes, es, sino el fundador directo sí el impulsor de las primeras sociedades de amigos del país, que recibieron el genérico título de «económicas». Simplemente porque en el seno de ellas tenía prelación el debate sobre los nuevos medios de producción y el acceso a ellos; el taller artesano empieza a parecerse a una fábrica y la herramienta a la máquina. La primera de estas sociedades fue la Vascongada, auspiciada por los jesuitas de Loyola, y poco después se fundaba la Madrileña. El país se transformaba y como ante todo período revolucionario, surgen las oposiciones. Ante el intento ilustrado de Carlos III se situó el malestar de la Iglesia católica y su poderosa Inquisición. No obstante el ímpetu reformador del monarca siguió adelante y fue cuando se le ocurrió mirar con mejores ojos a sus desmedidos dominios americanos.

Del Nuevo Mundo venían riquezas que ora se aprovechaban, ora se dilapidaban infamemente y parecía que éste era el único interés que despertaba en los peninsulares, aparte del evangelizador que se seguía exportando. Pero Carlos III se preocupó menos por bautizar y sí por transplantar la solera de las universidades de Alcalá de Henares, Santiago de Compostela y cómo no, Salamanca. En todas las Indias Occidentales se abrieron Colegios Mayores y simples institutos en los que en ocasiones sólo existía una cátedra, pareciéndose en mucho a las actuales facultades. Pero la iniciativa venía directamente del Estado, en un afán de lograr una verdadera educación pública y no la simple alfabetización dirigida por las comunidades religiosas que se ocupaban de dichos menesteres. El ministro de educación, conde de Floridablanca, chocó frontalmente con la Iglesia y concretamente con la todopoderosa Compañía de Jesús, lo que motivó la expulsión de ésta en 1767. Y es que si hubo en España un rey poderoso y auténtico jefe de Estado, ése fue sin lugar a dudas, Carlos III. No confiaba los asuntos públicos a simples validos y sus colaboradores eran ministros en toda la aceptación del término, gentes capacitadas que llegaban a sus puestos por su valía intelectual y no por simples prebendas aristocráticas. Los poderes fácticos, como la Iglesia y la rancia nobleza castellana, se veían impotentes ante un gobierno que no sólo sacudía progresivamente al país sino que consolidaba el prestigio internacional. Menorca, la Florida, y la Luisiana fueron recuperadas de manos británicas, aunque permanezca hasta nuestros días clavada la espina de Gibraltar. La misma Inquisición sufrió merma en sus funciones, lo que provocó el célebre motín de Esquilache, contra el marqués que era el ministro encargado de las cuestiones de interior.

Más o menos por esa época, recibe Carlos III una petición de ayuda para la investigación de la flora de la Nueva Granada. El propio virrey, Antonio Caballero y Góngora, apadrinaba la iniciativa que en Santa Fe de Bogotá era encabezada por su médico personal, José Celestino Mutis. Desde Madrid se da autorización al proyecto mediante Real Cédula y la Expedición Botánica comienza sus trabajos. Ya con anterioridad, expediciones de este tipo se habían puesto en marcha, lo que constituía un valioso precedente que avaló al momento la empresa mutisiana. En 1777, empieza la investigación de la flora y fauna del Perú y Chile a cargo de Ruiz y Pavón. También el vasto territorio de

la Nueva España (hoy Méjico y gran parte de los Estados Unidos) fue del interés científico impulsado por las nuevas ideas ilustradas. Emulando la hazaña de Sebastián Elcano, pero ahora con objetivo botánico, los naturalistas Pineda y Neé, dan la vuelta al globo terráqueo, coleccionando cuanta hoja y palo de planta cupieron en sus alforjas. El afán de saber había abierto las compuertas y el hombre español de aquellas épocas fue consciente de que estaba en la tierra para algo más que la concupiscencia y la preocupación por salvar el alma en los últimos años de su vida.

José Celestino Mutis y Bossio nace en Cádiz en 1732. Hijo de una familia la cual se preciaba ser de cristianos viejos... «sin ninguna mezcla de moros, judíos, gitanos o mulatos...» Su padre era librero y ya podemos adivinar la curiosidad del joven Celestino en la trastienda paterna, empapándose de cuanto tema caía en sus manos. en el mismo Cádiz ingresa en el Colegio de Cirugía, graduándose en esta especialidad, cuya evolución ha sido notable con el tiempo, no teniendo nada que ver con las trepanaciones de entonces. Se traslada a Sevilla y allí se gradúa de bachiller en filosofía y medicina. Vuelve a Cádiz y es ahora cuando entrará en contacto con su actividad básica, la botánica. De esta ciencia derivará sus demás saberes, interesándose por los otros campos como si de simples auxiliares se tratase. Por la época de su retorno a Cádiz, hace sus pinitos en la literatura, frecuentando los centros en que escritores y poetas se reunían y declamaban sus composiciones. Asiste también a representaciones teatrales, pero que se sepa nunca contribuyó con nada al arte escénico. Hacia 1757 se traslada a Madrid a fin de obtener el título de doctor en medicina que debería ganar después de que un estricto tribunal le examinase. Ya médico y cirujano con todas las de la ley, es nombrado catedrático de anatomía a la que se dedica con pasión, presenciando a menudo las autopsias que se hacían en la morgue. Es en Madrid donde se interesa por la astrología y las ciencias físicas, matemáticas y naturales. Su fama de estudioso es ya grande y conocida, cuando el gobierno de Carlos III le ofrece una beca para que amplíe estudios en París y en otras ciudades europeas, pero el sabio gaditano prefiere ir a Nueva Granada donde ha sido nombrado virrey don Pedro Mexía de la Zerda a quien le ofrece sus servicios como médico.

Llegado a Santa Fe, capital de la Nueva Granada, no sólo tiene que ejercer de médico del virrey sino de la población llana que acudía a él ante la falta de galenos que acusaba la ciudad. Mutis se propone la enseñanza acelerada, no por ello irresponsable, de la medicina y en corto tiempo logra mejorar el sistema sanitario de la ciudad y más tarde de todo el país. A su impulso se abren hospitales y hasta interviene para que los cementerios registren un higiénico enterramiento de cadáveres. Otro de los pasos que lo irían a inmortalizar como un auténtico pionero fue el de ser el primero que en América inoculara una vacuna: contra la viruela, enfermedad que se hallaba muy extendida. Su actividad docente no se limitaría sólo a la medicina sino a otras materias como las matemáticas, siendo el primer catedrático de éstas en el Colegio Mayor del Rosario, hoy universidad del mismo nombre, la de más solera de los centros de enseñanza superior en Colombia.

La Expedición Botánica dura unos treinta años y en la empresa entrega Mutis toda su inteligencia y su enorme capacidad de trabajo. Mutis es una especie de rey Midas de la sabiduría, pues todo a su paso era susceptible de estudio y convertido en material